

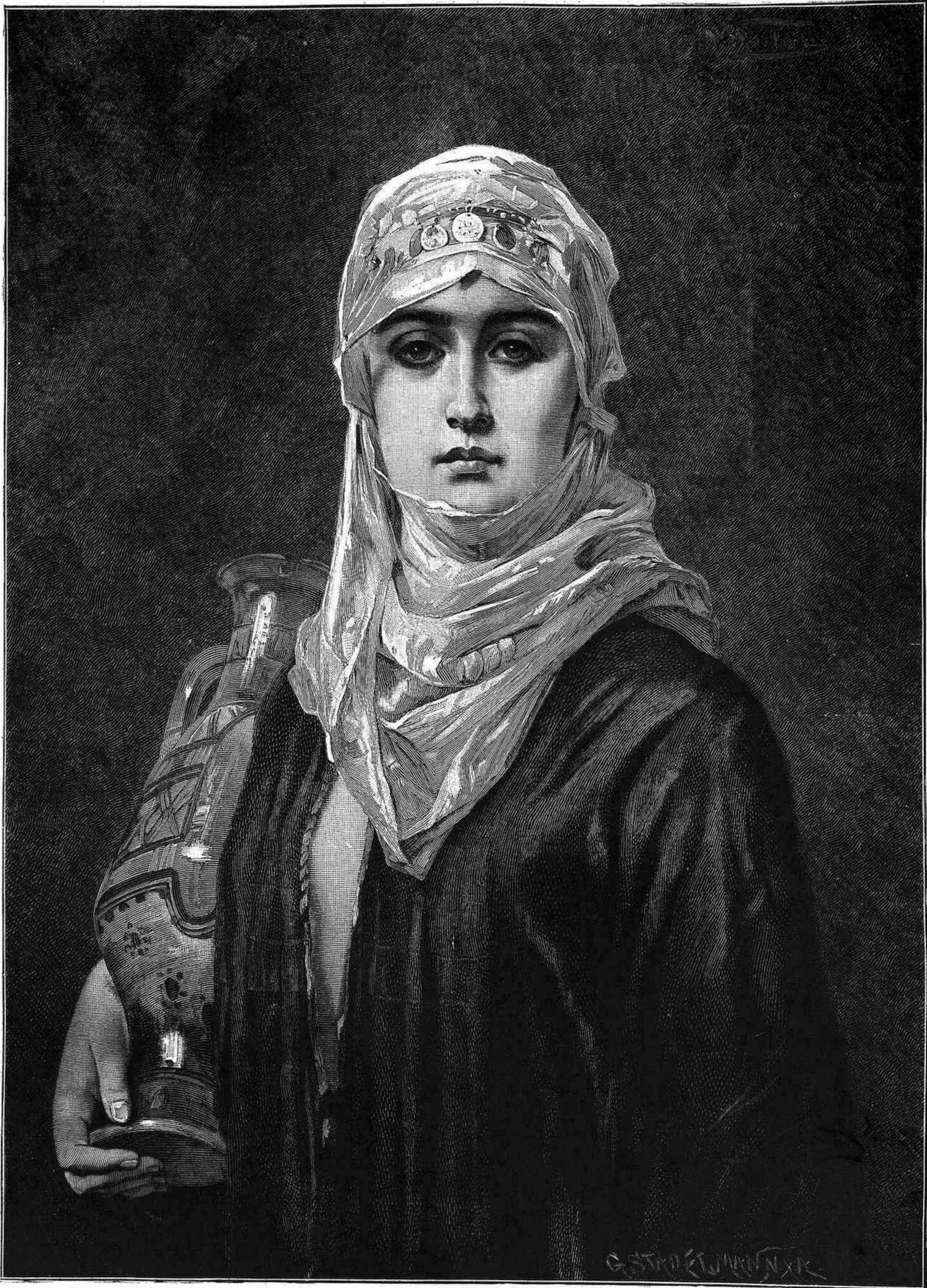


AÑO IV

← BARCELONA 16 DE MARZO DE 1885 →

NÚM. 168

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AGAR, cuadro por N. Sichel, (grabado por G. Stadelmann)

SUMARIO

NUESTROS GRABADOS.—EUGENIO PELLETAN, por don Emilio Castelar.—SOLITA (continuación), por don Enrique Pérez Escrich.—LOS GRANDES INVIERNOS (III y último), por el Doctor Hispanus.

GRABADOS: AGAR, cuadro por N. Sichel.—EL REGALO DE BODA, cuadro por Sanesi.—LA ORACION MATINAL, cuadro por P. Wagner.—ALDEANA DE SUABIA.—APUNTE, por B. Galofre.—EN TIEMPO DEL DIRECTORIO, dibujo por A. Zick.

NUESTROS GRABADOS

AGAR, cuadro por N. Sichel

En nuestro número 162 hemos reproducido un cuadro referente á uno de los episodios de la vida de Agar, que describimos á grandes rasgos. Sichel se ha propuesto pintar el tipo de la madre de Ismael, y lo ha hecho con perfecto conocimiento del personaje, realizando su obra una ejecución verdaderamente feliz.

Basta recordar la historia de la segunda mujer de Abraham para figurársela un dechado de modestia, de dulzura y de resignación. Pues bien, fíjense nuestros lectores en el cuadro que hoy publicamos y convendrán en que esas tres virtudes resplandecen en el semblante, en la actitud, en la expresión toda de esa concepción de Agar.

Quizás podría objetarse que el tipo no tiene completo sabor oriental; que ese contorno delicado, que esa tez sobradamente fina, no se avienen del todo á las condiciones de una esclava, elevada al rango de compañera del gran patriarca por razones de pura conveniencia, entre ellas el vehemente deseo de sucesión. Pero quizás, también, el autor del cuadro podría decirnos que en cuanto á tipos orientales de los tiempos bíblicos quedan pocos ejemplares auténticos; que cada uno es muy dueño de figurárselos según la imaginación los entienda probables; y que en esa duda que nada puede aclarar, la cuestión estriba, no en encontrar el carácter de la raza, sino en expresar los afectos del personaje.

Y si esto dijera el autor, la verdad del hecho sería que muy difícilmente podría demostrarse que no está en lo cierto, dentro del arte y del principio que dice que el rostro es el espejo del alma.

EL REGALO DE BODA, cuadro por Sanesi

El carácter más saliente de la corte de Luis XV, ó seáse de su época, es seguramente la ligereza y frivolidad de las costumbres. Ya no se daban batallas ni se obtenían victorias, como en tiempo de Luis el Grande; ya los mosqueteros de Luis XIII habían arrinconado las incomprendibles botas de Artañan para calzar chapines á la Dubarry; ya las damas de la corte se preocupaban más de los regalos cambiados por los novios que de las estocadas cambiadas por los pretendientes.

No diremos que las señoras mujeres hayan dejado de ser curiosas en tiempo alguno, porque esto sería renegar de su madre Eva; pero las manifestaciones externas de esa curiosidad han tenido sus más y sus menos, y en tiempo de Luis XV ese más llegó á constituir la verdadera idiosincrasia femenina.

Nada tiene, pues, de extraño, que las seis damas de nuestro cuadro asidien al portador de ese espléndido regalo de boda, devoren con los ojos el presente, físgoneen la tarjeta del donador, abrumen á preguntas al lacayo; en una palabra, pongan á ese Oteló de librea en el caso de sospechar si le han asaltado algunos alumnos de Mandrin vestidos de cortesanas.

En esta bonita composición es recomendable la diversa manera de dar cuenta de una misma curiosidad bajo la forma de seis distintas mujeres.

LA ORACION MATINAL, cuadro por P. Wagner

Obra es esta de verdadero estudio y por cierto que su autor puede estar satisfecho de ella. Llena de verdad y ejecutada con vigor nada común, resalta ante todo de una manera admirable el contraste entre la ancianidad y la niñez, contraste de todas y cada una de las partes de los dos personajes del cuadro y que, para colmo de efecto, es de apreciar hasta en la luz que á uno y otro estudiadamente envuelve. De aquí resulta una primera impresión excelente.

Aparte este efecto, el cuadro es admirable de expresión: el rostro de la anciana, si como estudio del natural es obra maestra, como tipo de cariño y de piedad es una maravilla. En cambio, el del niño es un prodigio de candor, y recuerda en algún modo á esos ángeles que Murillo hace revolotear en torno de sus portentosas Inmaculadas.

La actitud de las figuras es sumamente natural: no se concibe que de otro modo la amante abuela, dos veces madre, acostumbre al tierno vástago á las prácticas piadosas, que no ha de olvidar ya en toda la vida. El niño será hombre; el hombre sentirá más ó menos debilitadas las creencias que en sus primeros años le inculcaron; pero aún en medio de sus dudas, de sus vacilaciones, hasta de su fatal descreimiento, recordará con ternura aquella escena de su tranquila infancia, la escena de todas las mañanas, durante la cual una mujer, tan rica de amor como de fe, ponía, con la oración en sus labios, las primeras nociones de la virtud en su alma.

ALDEANA DE SUABIA

La Suabia, país generalmente montañoso, se halla situado entre Francia, Suiza, Austria, Baviera, Franconia y el Rhin. Tantas vecindades dan á esta región un carác-

ter cosmopolita, que se revela en su idioma, en sus costumbres y en sus trajes. El de nuestra aldeana no deja de ser elegante, aunque no peca de airoso. El tocado, verdaderamente original, tiene algo que recuerda el de Nuestra Señora de la Saleta.

APUNTE, por B. Galofre

En una frase se conoce á un escritor.
En un apunte se avalora un artista.
Galofre es el enemigo del arte que perfila, que depura, que acaba.

Galofre, pinte ó dibuje, apunta siempre.
Apunta... y da en el blanco.
Como Velazquez decía á los que le echaban en cara que su factura era abocetada:—El que lo entienda de otro modo, ponga la mano en mis cuadros...

Galofre puede decir de sus apuntes.
—Si hay quien sepa hacer más con mayor número de líneas, venga y corrija mis dibujos.

EN TIEMPO DEL DIRECTORIO,
dibujo por A. Zick

Tallien había guillotinado al Terror, y la hermosa Teresa Cabarrús imperaba en Francia. Consiguientemente habían de modificarse las costumbres, y á las borrascosas escenas de los clubs, habían de sustituir las apacibles citas en los bosquillos de Saint Cloud y de Versailles. La partida había sido ganada por una mujer, y á las mujeres pertenecía el nuevo régimen. Las hijas de Eva se transforman con facilidad. ¿Quién sabe si la desdenosa dama de Zick se había hecho notable, algunos meses antes, entre las llamadas furias de la guillotina?... El hombre del cuadro es quien conserva algo todavía de la antigua rusticidad: hay algo en él del antiguo convencional; pero no importa; el astro de Napoleón se levanta y no ha de faltarle ocasión para despojarse de las gruesas botas y lucir la torneada pantorrilla en los dorados salones de las Tullerías.

EUGENIO PELLETAN

Al cerrarse el año último, acabó, murió Eugenio Pelletan, asaltado por una fulminante apoplejía.

Pensador espiritualista, republicano templadísimo, pertenecía, por la índole de su talento y por la historia de sus ideas, á los que intentan emancipar el alma, pero huyendo con horror de los errores materialistas, é impulsar á la sociedad hácia adelante con fortísimo impulso, pero preservándola de toda utopía y de toda propensión demagógica. Parece que lo estoy viendo, hace ahora diez y ocho años, por el Cuerpo Legislativo á donde le llevaron los electores parisienses en premio á sus elocuentes libros, combatir con dardos certeros al Imperio y preparar, con acentos parecidos á los trenos antiguos, el espíritu nacional para recibir el Verbo de la libertad, que tarde ó temprano debía de nuevo encarnarse por su propia virtud en el seno de las instituciones democráticas.

Su tupida melena; su luenga barba, entonces ya casi blanca; la profundidad insondable de su mirar, muy reconcentrado, como de buen observador; el tono extraño de su voz, un tanto ronca, pero siempre solemne; las imágenes fulgurantes de su prosa poética, tan propia del panteísmo alejandrino en que su espíritu se anegaba y sumergía, dábanle todos los caracteres de un revelador ó de un profeta, como los engendrados por el Oriente, y puestos por la superstición popular en los templos y en los altares teogónicos. Esta excesiva idealidad propia le dió las facultades necesarias para brillar entre los primeros escritores; pero le negó el tacto necesario para subir hasta los primeros estadistas. Por eso Gambetta, Ferry, otros más jóvenes y menos autorizados le aventajaron todos en el combate y recibieron el gobierno. Mas Pelletan ha contribuido mucho á fundar la República francesa, y como quiera que la fundación de tal forma de gobierno sea el hecho capitalísimo de la edad contemporánea, debemos detenernos en su presencia para seguirlo con atención y explicarlo con claridad, á fin de ver tras las realidades diarias, amargas y tristes de suyo, el ideal vivificante de una sociedad más progresiva, y el motor primero de otros tiempos mejores y más fecundos.

A no dudarlo, no, la calidad sobresaliente de Pelletan resulta, después de bien estudiada su historia, el haber esperado en la libertad siempre y haber sabido comunicar estas esperanzas á sus desmayados y abatidos contemporáneos. Necesitábase ver con visión muy anticipada lo porvenir y los gérmenes de bien que había de llevar en sí para que la pluma pudiese trazar con tanta seguridad aquellos poemas del humano progreso conocidos con el nombre de «La Profesión de fe del siglo XIX» y viera con tanta claridad cómo la materia indecisa de la primera nebulosa de aquel semillero de mundos, condensándose poco á poco por la creadora virtud y eficacia del tiempo, había de dar un planeta como el nuestro, donde, á la doble luz del sol y del espíritu, debíamos ir desde las cavernas lacustres al Parthenon de Atenas y á la catedral de Toledo; desde los fetiches caníbales, al Dios espíritu y verdad; desde las castas arriba y la esclavitud abajo, á la libertad, á la igualdad, á la fraternidad; principios sublimes, los cuales acabarían por vivificar cada una de las sociedades humanas con arreglo al derecho natural, capaz de dar á toda la humanidad futura en federación armónica un solo cuerpo y un alma sola, realizándose así con toda su verdad y en toda su plenitud la justicia. Permitidme, delante de quien ha luchado, como yo, por la democracia, y me ha distin-

guido con su amistad en vida, pararme y detenerme á contemplar esta obra común, de la cual resultó ayer la libertad en Francia y resultarán tarde ó temprano progresos nuevos en toda Europa. No hay para los pueblos libres y para los gobiernos democráticos estudio tan provechoso cual es el estudio de las grandes transformaciones progresivas y radicales.

Por su espíritu militar, por su administración centralizada, por las históricas oposiciones á los grandes señores que mil veces quisieron desmembrarla, era Francia una nación esencialmente monárquica, y podía llamársela con verdad la nación por excelencia de la monarquía. En el tiempo que aquí en España declinaba y se suspendía institución tan poderosa en Inglaterra, llegaba por su propia virtud al apogeo en Francia bajo el nombre ilustre de Luis XIV. Y esta nación, sin salir de la forma monárquica, desenvainaba su espada, al siglo siguiente de Luis XIV, en compañía de la España absolutista, á favor de la democracia universal, á favor de la democracia americana. Y llamo á la democracia americana democracia universal, porque todos los movimientos democráticos anteriores al movimiento de los Estados Unidos tuvieron objeto nacional. Lo tuvo el movimiento de Suiza contra Austria; lo tuvo el movimiento de Holanda contra España; lo tuvo el movimiento de Inglaterra contra el vergonzoso protectorado de Francia; pero el movimiento de América no fué sólo contra Inglaterra, fué un movimiento más íntimo y más humano: proclamó los principios democráticos, los derechos fundamentales como independientes de toda circunstancia histórica, como desligados de todo influjo geográfico y declaró su universalidad. Y al empaparse Francia, la nación más monárquica de Europa, en este sentido profundamente democrático, no sólo puso á servicio de la democracia sus inmensas fuerzas militares, su vasto y autoritario organismo, sino que nación medio germánica, medio latina, árbitra durante mucho tiempo de la larga lucha entre los pueblos católicos y los pueblos protestantes; centro geográfico de Europa; su Verbo, porque ya, en aquella sazón, habíase difundido la lengua francesa entre las clases ilustradas, tenía, como ningún otro pueblo, aptitudes providenciales para la difusión de las ideas nuevas por el mundo, abierto á los rayos luminosos de su espíritu.

Podrá echarse en cara á Francia, como algunos escritores germanos, vacilaciones entre el espíritu alemán y el espíritu latino; incredulidad religiosa al punto de pasar desde la mojigatería á la duda, desde la duda al deísmo y desde el deísmo al concordato; podrán echarse en cara cambios bruscos del absolutismo á la anarquía y de la anarquía al absolutismo; excesos de libertades reprimidos por excesos de dictaduras; tendencias á la igualdad que se resuelven siempre en romano cesarismo y en oligarquías burocráticas; proclamación de principios humanitarios y procedimientos de terror, de guerra, de matanza; podrán echarse en cara estos y otros defectos, mucho más hoy que está en boga insultar á Francia, humillada y vencida, mas el género humano será de negra ingratitud miserable reo, si olvida que todas las ideas modernas se difundieron por el tribunado, por el apostolado de Francia, por su genio propagador y cosmopolita; que ella democratizó y difundió la libertad con el genio de Calvino; que ella democratizó y difundió la filosofía con la pluma de los enciclopedistas; que ella democratizó y difundió la revolución moderna con la lengua de Mirabeau; que ella, esa Francia tan calumniada, tiene aún el privilegio de agolpar en momentos supremos y críticos á su cerebro la idea y á su corazón la sangre de toda la humanidad.

¡Cuántas veces, sin embargo, la reacción se ha levantado en su seno! ¡Cuántas veces la reacción ha querido enlazarse, unirse con sus ideas generosas, caber, digámoslo así, dentro de su gran corazón! La monarquía antigua, después de haberse largo tiempo resistido á tanta humillación, aceptó la obra de la Constituyente como un pacto entre el trono histórico y el pueblo emancipado. Pero Francia rompió este pacto. La monarquía militar, levantada sobre las bayonetas de Marengo y de Arcole, quiso ser el cetro y la espada de la democracia. Pero la derrota rompió ese encanto, y Francia, aún bajo la planta de los aliados, recordó que sus sentimientos eran sentimientos democráticos. Inútilmente la Restauración intentó seducirla con las apariencias de la antigua tradición y de la antigua gloria; inútilmente las ideas y los intereses orleanistas, que eran ideas é intereses de las clases medias, ciñéronse una corona y llamáronse la mejor de las Repúblicas; inútilmente el tercero y último Napoleón se dijo el representante de los principios revolucionarios, el jefe de la plebe, el magistrado del sufragio popular, el tutor del trabajo, el César del socialismo, inútil todo: el genio francés, á pesar de sus largos eclipses, ha permanecido incontrastablemente fiel á la democracia liberal.

Y no podemos desconocerlo ni negarlo; tiene la idea nueva en Francia muchos matices y pertenecen sus partidarios á muchas sectas. Pero esta verdad, que á los ánimos apocados aflige, debe fortalecer á los ánimos conocedores de que solamente en las democracias estalla la rica variedad de la vida humana.

¿Echaríamos en cara á los espacios el que en su inmensidad quepan todos los mundos? ¿Tendremos por un defecto de la libertad el que en sus instituciones puedan todas las ideas desarrollarse? No hay idea alguna que no aspire á la mayor suma de derecho posible para difundirse en virtud de la propaganda y realizarse en poderosas organizaciones por medio de la asociación. Y si no hay ideas que no aspiren á la mayor suma de derecho no hay sustancia de gobierno que pueda resistir sin quebrarse el

calor de la libertad, como la democracia. Por eso todo el movimiento de las ideas modernas se ha encauzado en Francia necesariamente dentro de la democracia, resultado natural del espíritu moderno.

Mucho se ha criticado a los hombres denominados del cuatro de setiembre; porque, recibida la noticia de irreparables desastres, prisionero Napoleón; reciente la rota de Sedan, el nuevo Waterlóo, proclamaron la República en medio de una revolución. Quien así discurre, desconoce lo mismo el movimiento de las ideas que el movimiento de los hechos. Para nadie era un misterio que no podía perder Napoleón una sola batalla sin perder al mismo tiempo su corona. Para nadie era un misterio que no podía derrumbarse el trono de Napoleón sin ser inmediatamente sustituido por la República.

Estaban de tal manera impresas en el sentimiento universal estas creencias, que a un día fijo, a una hora por nadie señalada, como si el viento que venía del Este trajese disuelta la idea y se la comunicase a las ciudades de Francia, levantáronse todas, Marsella, Burdeos, Lyon, Nantes, a destituir el Imperio y proclamar la República. Desde aquel momento se podrá intrigar en los conciliábulos, conspirar en todas partes para rehacer lo antiguo: las clases verdaderamente productoras y mercantiles, que gustan de la estabilidad social y del orden que la estabilidad social engendra, sostienen como un hecho, pero como un hecho ya definitivo, el régimen democrático.

Es verdad que este hecho no fuera, ni tan necesario, ni tan universal, si no lo produjese la idea, que es la vida y el alma de los hechos. El pensar parece una operación abstracta propia del espíritu recluido en su impalpable y etérea esencia. Un pensamiento pasa a los ojos vulgares ó inadvertido ó fugaz, como esos aerolitos que cruzan por el cielo de nuestras noches serenas. Y sin embargo, la idea es en la sociedad como la savia en la vegetación, como el oxígeno en el aire, como la luz en el universo, como el calor en la luz, como la vida que compenetra y alimenta y sostiene a todos los seres. La sucesión de las ideas no ha sido mera sucesión de abstracciones, de fantasmas, sin realidad y sin forma. La sucesión de las ideas ha sido como la trama de la vida humana en la historia. Sobre la corriente de los hechos ha fluido la corriente de las ideas, como sobre todos los fenómenos terrestres se extiende la atmósfera. Cuando estudiais la filosofía estudiais lo esencial a cada época. El hecho es un accidente. La idea nos da lo universal en la conciencia y en la vida. Las leyes, independientes de toda condición y circunstancia, las leyes así de la naturaleza como del espíritu, no pueden ser conocidas sino por la idea, ni formuladas sino por series de ideas. En cada ser brilla esta alma que es su invisible resplandor. Las cosas mismas no llegan a nuestro entendimiento sino por medio de las ideas. ¿Qué sería de la vida, de sus relaciones con el universo, de sus relaciones con la historia, si no tuviéramos lo ideal? Así los movimientos sociales, antes que todo y sobre todo, se rigen por ideas, como el movimiento cosmológico se rige por fuerzas. Y nunca, nunca hubiera brotado la nueva democracia en Francia con tanta espontaneidad, si no hubiera sido preparada por una gran literatura. Las almas artísticas elevadas en las cimas de la sociedad anunciaron la revolución como las aves agoreras anuncian desde los escollos la tempestad.

Entré estas almas artísticas descollaban tres, el alma de Lamartine, el alma de Víctor Hugo, el alma de Lamennais. Pues las tres grandes almas, que bastarían por sí solas a honrar todo un siglo, tuvieron su nido en los altares, en los panteones de lo antiguo, en la ojiva gótica, en el sepulcro del caballero cruzado, en la cúpula arbolada de la catedral católica, por donde las piadosas oraciones aún suben a lo infinito. Lamartine, el poeta de la espiritual melodía, tan perfecto en las formas como un griego de Pericles; tan melancólico en el fondo como un místico de la Edad media; estaba llamado a cantar la elegía sobre la tumba de las sociedades antiguas, entre el rumor que forman las ideas muertas en la conciencia, rumor tan poético y tan triste como el de las hojas secas en el bosque.

Víctor Hugo, el poeta de lo gigantesco, de lo ciclópico, de lo sublime; el poeta que lleva todavía en su frente la volcánica aureola de los antiguos titanes; después de sacar con su maza a las piedras de las ruinas dispersas en el espacio y enmohecidas por la humedad de las plantas funerarias todas las chispas de poesía guardadas en sus moléculas, ¡base jé! que ante todo y sobre todo es una energía, una voluntad, a cantar los loores de aquel César, que tuviera un momento en las garras de sus audaces victorias el mundo como en peso y tiñera en sangre los blasones de todos los reyes, y deslumbrara con su genio relampagueante los ojos de todos los pueblos.

Lamennais estaba más comprometido todavía que Lamartine y Víctor Hugo, porque Lamennais era sacerdote. Sus rodillas habían mellado las gradas de los altares; sus manos, cruzadas siempre, se habían cogido al velo del santuario como el niño lloroso y asustado al traje de su madre. Él no quería ver otra luz que la luz de las lámparas ardiendo bajo las bóvedas sagradas, ni oír otra armonía que el órgano y el cántico litúrgico, llenando de fe y esperanza los corazones místicos. Breton, criado en aquellas regiones de costas agrias y de mares tempestuosos, el mugido de las selvas druidicas, mezclado al mugido de las olas hirvientes, le daban acentos rudos para cantar al implacable Dios del castigo y de la justicia, reclamado por el siglo de la glacial indiferencia en religión y en moral, por el siglo de la empedernida protervia. Todo le cautivaba en el catolicismo: arriba la autoridad absoluta, y

abajo la sumisión completa, la jerarquía aristocrática, el genio tradicional é histórico, la materia sometida al espíritu, los reyes a los profetas, el mundo al Papa, que en magistratura moral y religiosa convirtió la antigua magistratura de los Césares, sobre la tierra sumisa y obediente. De suerte que los tres grandes artistas de Francia: Víctor Hugo, Lamartine, Lamennais, eran napoleónico el primero, legitimista el segundo y el último ultramontano. Podía decirse que vegetación tan exuberante, flora tan rica, aparecía como vegetación y flora de los sepulcros, sólo propia a dar frutos llenos de cenizas sobre los osarios y para los muertos.

Mas el viento del siglo penetró en aquella selva petrificada, llevándole su vida y su calor. A su vez Lamartine fué a Oriente y tuvo como los profetas revelaciones misteriosas en el desierto. Las monótonas y uniformes soleadas revelaron a su genio la unidad del espíritu humano como a Moisés y a Mahoma la unidad de Dios. Y desde el momento en que aprende el hombre la unidad del espíritu humano, aprende también la unidad fundamental del derecho. Así, cuando Lamartine se dibujaba en los horizontes caldeados de Tierra Santa la Jerusalén que él había querido buscar con la fe de los antiguos cruzados, llevaba ya el mordisco de la duda en el corazón; y sólo vió en la ciudad, no el templo vivo de un Dios adorado, sino el gigantesco fósil, organismo de una vida legada en herencia a otras regiones, a otros mundos, a otros organismos, ya más progresivos, y perfectos.

Sus labios no besaron al sepulcro del Cristo muerto de la leyenda, mecido por los cantos litúrgicos de los sacerdotes gerárquicos, sino el sepulcro del Cristo resucitado por el espíritu moderno, vivo en las instituciones libres, que daba ideas sociales en comunión universal a las democracias emancipadas. Y a la luz de esta transfiguración de su genio, como si él mismo se resistiese a creerla, cogió la pluma para maldecir la revolución francesa, que persiguiera y dispersara su familia, buscando en los crímenes de aquella época fraguas para forjar de nuevo su antigua fe, y mientras la voluntad tiraba a escribir la elegía sobre los cadalsos de los sacerdotes y de los reyes, la conciencia le dictaba un cántico a los principios regeneradores, a los pueblos emancipados, a los filósofos que presentían el nuevo Verbo, a los oradores que lo hablaban, a los legionarios que morían como los griegos de las Termópilas, a los cánticos del pueblo en que renacía la virtud creadora de la antigua oda pindárica, a los mártires de la libertad humana; encubriéndose a sus ojos los crímenes de la revolución universal entre los rosados vapores de las ideas, como en la tragedia antigua se pierden, se desvanecen los horrores entre las estrofas del coro que eleva un cántico eterno de amor y de esperanza. Por estas transformaciones el poeta legitimista contribuyó a derribar un trono y a fundar una república; pero sobre todo a poner como de relieve la democracia en la conciencia de un siglo.

Discípulo suyo, y discípulo eminentísimo, Eugenio Pelletan, pero con la ventaja manifiesta sobre su gran maestro de no haber nunca dudado y haber siempre pertenecido por sus ideas y por su fe a la Iglesia del humano progreso. No posee aquella vena poética inagotable, que pintaba con líneas de Rafael y esculpía en mármoles de Paros, los grandes pensamientos convertidos en reveladoras inspiraciones; pero sí un sentimiento más vivo de la libertad y un ardor más intenso para los grandes combates en pro de la justicia y del derecho. Durante la monarquía de julio trabajó por el advenimiento de la República de febrero; después de muerta la República de febrero, trabajó contra el Imperio de Napoleón; después de roto el Imperio de Napoleón, trabajó para fundar y robustecer la tercera liberal República, en cuyo seno ha muerto, sin desvanecerse por las embriagueces del triunfo ni desespararse por las tristezas del cautiverio y del vencimiento.

La fe más viva en el progreso humano y en las ideas, progresivas, sirvióle para soñarse en la brecha durante medio siglo, predicando con la perseverancia de un apóstol nuestra buena nueva y previendo las victorias del derecho con la evidencia del profeta. Cuando una dictadura cesarista sorprendió a Francia, y dispuso de sus destinos y de su gobierno, sin consultarla, sino después de haberla despojado de su libertad, y ceñidola con fuertes cadenas al potro del tormento, Pelletan, asemejándose a los antiguos estoicos en el Imperio romano, buscó por los senos de las conciencias extintas el rescoldo no bien apagado de los grandes ideales y presentó a los ojos de las jóvenes generaciones la imagen esplendorosa de una nueva República, salvada del puñal de los asesinos en aquella noche nefasta que vió caer la tribuna y los tribunales en el polvo y apagarse la libertad en el cielo. Tan combatiente y tan heroico, cual fuera en el Imperio, ha sido Pelletan de prudente y mesurado en la República. Esta prudencia y esta mesura debe mostrar a los jóvenes republicanos, muy propensos al desaliento, porque la República no marcha hoy al paso de sus impetuosos deseos, cómo los veteranos aprecian solamente con apreciación justa todo el valor de las victorias alcanzadas, y miden con exacta medida toda la trascendencia del cambio conseguido; porque saben comparar la distancia inmensa existente, por necesidad, entre la servidumbre y el derecho: que si no es tan abundosa en bienes y tan risueña de suyo como la imaginación se la prometiera en sus esperanzas y en sus ensueños, al fin y al cabo, esa República, de la cual abominan y maldicen muchos, por creerla triste y árida Palestina, es con sus arideces y sus tristezas, sombras inseparables de toda realidad, la tierra prometida por los profetas, y el templo levantado al Dios

de la libertad, quien derrocará en el polvo las Nínives y las Babilonias con todos sus tiranos, y redimirá, por la virtud santa de su ejemplo, a todos los oprimidos.

EMILIO CASTELAR

SOLITA

POR DON ENRIQUE PEREZ ESCRICH

(Continuación)

—Sí, señor; porque mi abuelito me decía: si algún día te pierdes, dí a uno de Orden Público: yo vivo en la calle del Salitre, n.º... y él te traerá a casa.

—Ah, perfectamente; veo que tienes memoria y una precocidad que va a servirnos de mucho para encontrar a tu abuelito.

Y Aurelio, como si le molestara prolongar aquella escena, añadió:

—Jacoba, llévate a esta niña; esta noche que duerma contigo y mañana temprano la compras alguna ropa propia de la estación. A mí me despiertas a las ocho si no me he levantado. Es muy tarde, a dormir todo el mundo; buenas noches, hija mía.

—Vamos a la cama,—repuso Jacoba,—pero antes da las buenas noches y un beso a tu bienhechor.

La niña se levantó de la butaca y dió un beso a Aurelio, diciendo:

—¿Cuándo iremos a ver a mi pobre abuelito?

—Mañana, hija mía, mañana; te doy mi palabra.

Jacoba y la niña salieron del gabinete.

Aurelio, cuando se quedó solo, en medio de la satisfacción que experimentaba su alma generosa por haber salvado de una muerte cierta a la pobre niña, sentía también una inquietud inexplicable en el corazón.

Aquella niña había despertado dolorosos recuerdos que Valflorido hacia tiempo procuraba borrar de su memoria. Aurelio prolongó sus paseos durante media hora; por fin se acostó.

A las ocho de la mañana Jacoba dió unos golpecitos en la puerta de escape de la alcoba de su amo.

—Entra, Jacoba, entra,—le dijo Aurelio, que se había levantado y estaba acabando de vestirse.

—Buenos días, señorito.

—¿Y la niña?

—En el comedor, alegre como un pájaro, inspeccionándolo todo y preguntándome sin cesar por su abuelito; parece que le quiere mucho; es una niña encantadora, no he visto nunca una criatura más risueña; la he peinado y tiene el pelo como la tinta y lleno de preciosos rizos; bien vestida, parecerá un ángel.

Aurelio escuchaba a Jacoba en silencio.

—¿Si viera V. qué parlanchina es y qué gestos tan graciosos hace cuando habla! y luego, tiene unos ojos tan grandes y una mirada tan dulce, vamos, le digo a V., señorito, que esa niña me ha cautivado, que estoy enamorada de ella y si ahora nos la quitaran me darian un gran disgusto.

—¿No te ha dicho nada de su familia?

—Sí, algo he podido averiguar,—añadió Jacoba, suspirando.—Me ha dicho que su pobre abuelito por las noches salía de casa con ella; que se colocaban en una esquina por donde pasaba mucha gente y que él tocaba el violín y a ella le daban cuartos.

—¿El violín!... ¿Luego es músico?—exclamó Aurelio, palideciendo.

—Sí, señor, músico,—repuso Jacoba, exhalando un segundo suspiro.

—¿Y qué más?... ¿qué más?—preguntó el maestro con creciente inquietud.

—Dice que su pobre abuelito tosía mucho y la estaba siempre repitiendo: «Solita, ¡qué pronto te quedarás sola en el mundo!» y que esto se lo decía con los ojos muy abiertos y llorando.

La palidez de Aurelio aumentaba.

—Una tarde,—añadió Jacoba, enjugándose las lágrimas,—el abuelito la dió un susto muy grande; el anciano estaba tocando el violín cuando de pronto se cayó al suelo desmayado y tuvieron que llevarle a casa unos hombres; le acostaron en el jergón donde dormían los dos. Todo esto me dice esa niña, que me ha robado la voluntad de una manera encantadora y expresando en su carita de serafín las impresiones de su alma.

Jacoba se detuvo, las lágrimas se agolpaban a sus ojos y su voz estaba conmovida.

Aquí hubo una pausa.

Dírase que Aurelio desistía de continuar averiguando la verdad, porque ya había reunido bastantes datos para que aumentara el sobresalto de su corazón.

De pronto se llevó la mano a la frente y procurando serenarse, preguntó:

—¿Ha tomado chocolate la niña?

—Está en el comedor esperando al señorito.

—Pues vamos al comedor.

Solita estaba sentada junto a la mesa, mirando con cierta complacencia una bandeja llena de bizcochos y unos vasos de leche.

Aquella pobre niña no había disfrutado nunca de un desayuno tan apetitoso; acostumbrada a la miseria, su vida no era otra cosa que un prolongado lamento con estremecimientos de hambre y de frío.

Aquel comedor, en cuya chimenea ardía el fuego y por cuya ventana entraba el sol, tenía para Solita todos los poéticos encantos del Paraíso.



EL REGALO DE BODA, copia del celebrado cuadro de Sanesi



LA ORACION MATINAL, cuadro por P. Wagner

Pero aún no ha llegado el momento en que el narrador describa la corta y dolorosa vida de la pobre niña abandonada.

Aurelio se acercó á Solita, la dió un beso en la frente y se sentó á su lado.

—¿Qué tal has dormido?—la preguntó mirándola con fijeza.

—Muy bien, señor; esta noche no he tenido frío... Pero, ¿cuándo veré á mi abuelito?... ¿sabe V. dónde está?—Hoy lo sabremos y te llevaré á que le veas.

—¡Ah! el pícaro violín... sí, señor, el pícaro tiene la culpa de todo,—añadió la niña, con una viveza encantadora.

—¿Pues qué hizo el violín?—le preguntó Aurelio.

—Toma, que se perdió ó nos lo robaron, y como el abuelito le quería tanto...

—¿Y cómo fué eso?

—Pues, verá V.; la noche que mi pobre abuelito se cayó desmayado en la calle, ni él ni yo nos acordamos del violín, y luego me decía:—¿Dónde está mi violín, Solita?... ¿Has visto tú mi violín?... ¿nuestro quita-pesares?... ¿nuestro filoncito?...—Yo buscaba el violín por toda la casa, pero el violín no parecía. El abuelito se echó á llorar, diciendo:—¿Qué será de nosotros sin el violín!—y cogiéndose la cabeza con las manos, sentado en el jergon, lloraba, y lloraba sin que pareciera el pícaro instrumento. Yo lloraba también. El abuelito decía:—Alguno me ha robado el violín, ¡qué gente tan mala hay en el mundo! ahora no podré pedir limosna, no podré ganarme un pedazo de pan para mi pobre Solita.—Toda la noche estuvo suspirando, y á la mañana siguiente me dijo, con una voz muy débil, muy débil, que apenas la oía:—Solita, ¿tienes hambre, hija mía?—Un poco,—le contesté yo.—¡Ah, Dios mío, Dios mío!—decía el abuelito,—y yo no tengo fuerzas para levantarme; mira, ponte á la puerta, y al primer vecino que pase le suplicas que éntre, pues quiero decirle una cosa.—Yo me puse en la puerta, ví á un hombre y le dije que entrara... Habló con mi abuelito, pero muy bajo, muy bajo, como que yo no oí nada; después se marchó y vino otro señor; este señor habló también con mi abuelito, le cogió de la mano y oí que le decía:—¡Al hospital, al hospital!—Después vinieron unos hombres y se llevaron á mi pobre abuelito; yo me quedé sola en la calle, era de noche, tenía frío y hambre; me senté en el banquillo de una puerta, sentí mucho sueño y luego...

Solita fijó sus hermosos ojos en Aurelio, y sonriéndose, añadió:

—Luego, cuando me desperté, me hallaba junto al fuego; V. á mi lado, no tenía ni hambre ni frío, me encontraba tan ricamente; creí que soñaba, pero no soñaba. ¿No es verdad que no soñaba?

—No, hija mía, no soñabas; yo tuve la fortuna de encontrarte en medio de tu abandono, de lo que me felicitó con toda mi alma; aquí no volverás á tener ni hambre ni frío, y como supongo que tu pobre abuelito estará inquieto ignorando tu paradero, ahora mismo voy á buscarle para decirle que á tí no te falta nada.

—¡Ah, sí, sí, estoy segura de que mi abuelito se habrá acordado mucho de mí! ¿Quiere V. que vaya yo también?

—No, hija mía: tú vas á quedarte aquí con Jacoba, hasta que yo vuelva, y Jacoba te comprará ropa y unas botitas.

—¿De veras? ¿Y todo lo que me compre será para mí?

—¿Quién lo duda?

—¡Ah! ¡qué contento se va á poner mi abuelito cuando me vea con un vestido nuevo! Siempre me estaba diciendo:—Solita, cuando tenga dinero, te compraré un traje nuevo de terciopelo y un sombrero con flores y plumas,—pero como no tenía dinero, no me lo compraba nunca.

Solita tenía una verbosidad encantadora; era una de esas niñas de inteligencia precoz, cuya conversacion aturde y fascina á la vez.

Aurelio tuvo que violentarse para dejarla, la dió un beso, se despidió de ella y salió de casa.

Una vez en la calle, tomó un coche de punto y se hizo conducir al Hospital General, que según la relación de la niña debía ser el piadoso asilo en donde se hallaba su abuelito.

IV

El enfermo núm. 10

Efectivamente, la cama núm. 10 de la sala de San Sebastian la ocupaba un pobre viejo que padecía una de esas afecciones del corazón debidas en parte á los disgustos morales y á las privaciones que proporciona la miseria, esa incansable perseguidora, ese terrible azote de los desheredados.

Este pobre viejo, consumido por los sufrimientos, se llamaba, según él mismo había dicho, Antonio Escudero; era músico de profesión y vivía en la calle del Salitre, en una de esas casas de vecindad donde se desconocen las comodidades y que sirven de refugio á la pobreza.

Antonio Escudero habitaba un cuarto del piso bajo que rentaba á su dueño la modesta suma de 18 reales al mes, y el pobre músico, viejo y achacoso, pues había cumplido 60 años de edad, se hallaba reducido á la última miseria.

El mobiliario del profesor de violín se reducía á un jergon, una mala manta y una palmatoria de barro.

Los vecinos decían:

—El día ménos pensado, D. Antonio y Solita amanecen muertos de hambre y de frío.

Acontece siempre entre los honrados inquilinos de esas pobres casas de vecindad que hay siempre alguno á

quien nunca le apean el tratamiento y se le antepone el don á su nombre de pila.

El infeliz músico era indudablemente el vecino más pobre, más desheredado de la casa, y sin embargo, todo el mundo le llamaba D. Antonio, y D. Antonio, para no morir de hambre, tocaba todas las noches, arremado á una esquina, la *Casta Diva*, el duo de los *Puritanos* y otra multitud de reminiscencias célebres recibiendo á veces limosna de los mismos que le daban tratamiento.

Esta respetabilidad, que no le había hecho perder la miseria, se debía sin duda á los apolillados faldones de su gaban, á su mugriento sombrero de copa alta, á la inefable y bondadosa expresión de su rostro y á los cabellos blancos que coronaban su cabeza.

En voz baja los vecinos de D. Antonio aseguraban que no siempre había pedido limosna, y que era tan honrado y tan hombre de bien como pícaro y desnaturalizada era su hija, madre de aquella rapaza que compartía la miseria con su abuelo.

Todo esto supo Aurelio por boca de uno de los médicos del Hospital General, que era amigo suyo y á quien pidió autorización para visitar al enfermo.

Aurelio entró en la sala de *San Sebastian* acompañado del mismo médico y profundamente conmovido, pues como verá el curioso lector, Valflorido conocía muy mucho al viejo enfermo abuelo de Solita.

En la sala reinaba el más profundo silencio, sólo interrumpido de vez en cuando por alguna tos asmática ó algún lánguido suspiro escapado del pecho de los enfermos.

Contenia unas 40 camas, pero sólo 12 se hallaban ocupadas.

Junto á una ventana, por donde penetraba un hermoso rayo de sol, se veían dos Hermanas de la Caridad sentadas: una de ellas leía en su devocionario; la otra se hallaba ocupada en hacer hilas.

Estas piadosas mujeres, que dedican todas las horas de su vida á curar á los pobres enfermos, y cuya exactitud en servirles las medicinas y los alimentos es proverbial, dirigían con frecuencia miradas al reloj para no retardar ni un segundo las órdenes de los médicos.

El enfermo núm. 10, es decir, el profesor de música don Antonio Escudero, se hallaba incorporado en su cama, con la cabeza levantada por tres almohadas. Sin duda aquella posición le permitía respirar más fácilmente.

Nuestro músico era un viejecillo de fisonomía tímida, color pálido y muy demacrado.

Llevaba toda la barba, y esta y los mechones de pelo que rodeaban su gran calva eran de un blanco amarillento.

La expresión de sus ojos era dulce y melancólica como la del hombre que está acostumbrado á los grandes golpes del infortunio y se resigna á soportarlos sin protestar.

Mirando con detenimiento aquella cabeza se notaba alguna distinción, algún resto de otros tiempos que siempre acompaña á los hombres hasta el sepulcro, y que no pueden borrar del todo los mayores infortunios.

El pobre viejecillo enfermo núm. 10 había inspirado desde el primer momento ciertas simpatías á los médicos, á las Hermanas de la Caridad y á los practicantes, porque su voz dulce y tímida y sus miradas llenas de mansedumbre pedían las cosas de un modo que interesaban.

Además, á todo el mundo le había hablado de su nieta con tanta ternura, les había suplicado de tal modo que la buscaran, que el médico había dado órdenes para complacer al pobre anciano; pero desgraciadamente el practicante que se encargó de buscar á Solita no tuvo la suerte de encontrarla, y las Hermanas de la Caridad, encargadas de participarle esta mala noticia, se vieron precisadas á decir una piadosa mentira por no afligir al pobre enfermo.

Cuando Aurelio y el médico entraron en la sala de *San Sebastian*, el infeliz anciano tenía su tímida mirada fija en las Hermanas de la Caridad, á las que llenaba de luz un claro rayo de sol que penetraba por la ventana.

Para un enfermo viejo, para una de estas naturalezas que se encorvan hácia la tierra, agobiadas bajo el peso de los años y de las desgracias, nada es tan hermoso como ese sol que lo ilumina todo, que lo embellece todo, que lo fecunda todo.

Don Antonio contemplaba con inefable gozo esa esplendorosa luz de los cielos, pensando tal vez en el triste ocaso de su vida.

¿Qué podía esperar sobre la tierra aquel mártir del infortunio? morir en la modesta cama de un hospital, solo, abandonado de aquellos seres queridos que habían sido el encanto de su existencia.

Estas ideas entristecen el espíritu, y el pobre anciano sentía allá en el fondo de su alma ese desconsuelo que produce la soledad de la vejez.

Al ruido de los pasos volvió un poco la cabeza hácia la puerta, y sus ojos se fijaron en dos personas que, hablando en voz baja, se acercaban hácia su cama.

De pronto el viejo se estremeció, y como sino quisiera dar crédito á lo que veía, sacó su mano descarnada, y frótándose con ella los ojos, murmuró estas palabras:

—Estoy soñando... No puede ser... Es imposible...

Y cerró sus párpados, pero los volvió á abrir al instante, y agrandando los ojos, muestra inequívoca de su sorpresa, fijó de nuevo su mirada en Aurelio, que avanzaba hablando en voz baja con el médico.

Cuando llegaron junto á la cama núm. 10, el médico y el maestro compositor se detuvieron.

El viejo continuaba mirando á los dos visitantes con asombro superlativo. Tenía la boca entreabierta y su mano derecha colocada sobre el pecho, como si le faltara aire para respirar.

Aurelio le miraba también con fijeza; estaba muy pálido, pero su boca se sonreía con bondad.

El médico saludó á Valflorido y continuó su marcha en dirección á la última cama de la sala, donde se hallaba un pobre enfermo agonizando.

Aurelio y D. Antonio continuaron mirándose con fijeza; en la mirada del enfermo se pintaba el asombro, en la de Valflorido la compasión.

Hubo una pausa.

Por fin, D. Antonio, después de reunir todas sus fuerzas, dijo de un modo indescriptible:

—¡Tú!... ¡Tú aquí!...

—Sí, yo aquí, querido maestro,—contestó Aurelio, sin dejar de sonreírse.—Preciso es confesar que la casualidad combina las cosas de un modo verdaderamente inverosímil... ¿No es verdad que V. no me esperaba?

—Pero, ¿cómo has sabido tú que yo me hallaba en un hospital?—preguntó el viejo con desfallecido acento.

—Me lo ha dicho un ángel de la tierra.

—¿Hay ángeles en la tierra?—preguntó el anciano dando á sus labios una expresión amarga.—Yo no he tenido nunca la fortuna de encontrarlos.

—Pues existen, querido maestro; pero ciertos ángeles, cuando llegan á la edad en que les dominan las pasiones, se convierten en demonios para tormento de los hombres que abrigan en su pecho un corazón leal y una alma generosa.

El enfermo cerró los ojos, y exhalando un profundo suspiro murmuró en voz baja unas palabras que no pudo oír Aurelio.

—No es posible, querido maestro, que V. adivine—añadió Valflorido,—quién me ha indicado dónde podría hallarle, y como yo no guardo á V. ningún rencor...

Aurelio se detuvo, se llevó una mano á la frente cual si quisiera disipar ciertos pensamientos, y como el viejecillo enfermo callaba y permanecía con los ojos cerrados, pronunciando en voz baja palabras ininteligibles, volvió á decir:

—Pues sí, la que me ha indicado el paradero de V. ha sido una preciosa niña de cinco años, un verdadero angelillo de la tierra, como he dicho á V. antes.

—¡Ah, sí, sí, efectivamente; Solita, Solita es un ángel!...—exclamó el enfermo, abriendo los ojos y juntando las manos en actitud suplicante.—¿Dónde está? por más que pregunto, por más que suplico, nadie me da razón de ella!... ¡Oh, dime, por caridad, Aurelio, dime si es mi pobre, mi querida Solita la que te ha dicho donde yo me hallaba.

—Sí, maestro, ella ha sido.

Y Aurelio contó en pocas palabras cómo había encontrado á la niña.

—¡Ah, bendito, bendito seas tú!... el hombre más bueno, más noble, más generoso de la tierra; tú que abrigas en el alma la más grande de las virtudes, el perdón de las ofensas. No encuentro palabras con que demostrarte mi gratitud, porque yo amo á Solita sobre todas las cosas del mundo, y tú la has librado de una muerte cierta.

Y el anciano, extendiendo sus brazos, cogió una de las manos de Aurelio y la cubrió de besos y lágrimas.

Valflorido estaba conmovido: su generoso corazón se interesaba por aquel anciano á quien en otro tiempo había dado los respetuosos nombres de maestro y de padre.

Aurelio se sentó en una silla junto á la cabecera del enfermo, y procuró tranquilizar su agitación.

—¡Oh Providencia, Providencia!—exclamó D. Antonio levantando la mirada hácia el cielo;—¡qué grandes son tus actos y qué pequeño es el hombre sobre el polvo de la tierra!... Tú has salvado á mi pobrecita Solita; tú, al inclinarte, impulsado por la caridad, sobre su cuerpo frío y exánime, estabas bien lejos de creer que la que había dado la existencia á aquella infeliz criatura, era la misma que tanto te había hecho sufrir.

—En aquel momento no era fácil que sospechara semejante cosa,—dijo Aurelio, con acento triste;—luego, cuando la niña se repuso, cuando yo le dirigí preguntas para descubrir quién era su familia, cuando pronuncié el nombre de V., entonces, con gran asombro mío, comencé á sospechar que la madre de Solita era una mujer cuyo nombre he jurado no pronunciar nunca.

—Sí, Aurelio, sí; tu sospecha es cierta,—repuso el enfermo, moviendo la cabeza con triste expresión.—Haces bien en no querer recordar su nombre, porque te ha hecho muy desgraciado, porque es indigna de tí, porque no merece llevar tu apellido; pero yo soy su padre, Aurelio, y los padres no sabemos hacer otra cosa que perdonar.

—Yo también he perdonado, pero al mismo tiempo he borrado su nombre del libro de los vivos y quién sabe si con los años lo borraré también de la memoria.

—Desgraciadamente, pobre Aurelio, eso no lo conseguirás nunca,—murmuró el viejo en voz baja.

—Dejemos el pasado, querido maestro, y hablemos del presente; por algo ha hecho la casualidad, ó por mejor decir, la Providencia, que yo encontrara á la pobre Solita muerta de hambre y de frío dormida en el umbral de una puerta.

—Pero ahora que sabes de quién es hija Solita, ¿seguirás protegiéndola?

—Esa duda me ofende, maestro: Solita es una hija que Dios me envía y yo la recibo con los brazos abiertos.

—¡Oh, gracias, gracias, hijo mío! permíteme que te dé este cariñoso nombre que te daba en otros tiempos más felices,—murmuró el anciano;—y ahora, escucha, escucha, Aurelio de mi alma, la dolorosa historia de este pobre viejo.

Don Antonio respiró con fuerza como para renovar el

aire de sus fatigados pulmones y luégo empezó su relato, no sin enjugarse ántes las lágrimas que se agolpaban á sus ojos:

—Hace dos años, hijo mio, que vivo pidiendo limosna y tocando el violin de noche por las calles, para poder darle un pedazo de pan y un albergue á mi pobre nietecilla. ¡Ah! he sufrido mucho, mucho, Aurelio; Dios ha querido ponerme á prueba, pero mis fuerzas se agotan y esta calle de la Amargura, que cruzo, terminará pronto. Deseaba vivir, lo confieso, pero era por mi pobre Solita, pero hoy que se halla en tu casa, hoy que tiene en tí un generoso protector, que venga en buena hora la muerte, cuanto más pronto mejor; ¿de qué sirvo yo en el mundo? de nada.

Miéntras el viejo hablaba, entre sollozos y lágrimas, Aurelio tenía en él la mirada fija; indudablemente aquel sér tan débil y abatido debía inspirarle una compasion muy grande.

—No maestro,—le dijo,—usted no morirá, al ménos por ahora; el médico me ha dicho que no padece V. ninguna enfermedad mortal, que dentro de pocos dias se hallará V. restablecido. Además tengo un proyecto, y le necesito á V. para realizarlo.

El enfermo miraba con asombro á Aurelio, como si le extrañaran las dulces palabras que le dirigia.

—Pero, ¿no me guardas rencor por el pasado?—le preguntó.

—¿Rencor á V.? pues ¿qué daño me ha hecho V.?

—¡Ah! eres muy bueno, Aurelio.

Valflorido hizo un movimiento con los hombros.

—Repito, maestro, que tengo un proyecto y le necesito á V.

—Si tú me necesitas,—contestó el viejecillo,—eso ya es distinto; procuraré vivir, pero soy un sér tan inútil...

—Nadie es inútil en el mundo si sabe emplear bien sus fuerzas por débil que sea.

(Continuará)

LOS GRANDES INVIERNOS

(III Y ÚLTIMO)

El gran invierno de 1709.—Los inviernos de 1740 y 1776.—El frío en Dinamarca y Rusia.—Viajes sobre el hielo.—Asalto de la escuadra holandesa por la caballería de Pichegrú.—Los grandes inviernos del siglo XIX.—La retirada de Rusia.—El invierno de 1829.—Grandes nevadas en Europa.—28°, 1 bajo cero.—Los frios en Crimea.—El gran invierno de 1879.—Heladas formidables.—Bosques vitrificados.—Una imprenta sobre el hielo.

En el siglo XVIII, ya empezaron á usarse los termómetros, y pudo seguirse y apreciarse mejor desde entónces el frío de un invierno, y la distribución del mismo frío por las diferentes comarcas.

Fué el siglo XVIII muy abundante en grandes inviernos, contándose diez y ocho de ellos, siete de los cuales fueron extremados sobre toda ponderación. El de 1709 fué uno de los más crudos en toda Europa; se tienen de él datos termométricos positivos. En pocos dias se helaron casi todos los rios, hasta el mismo Ebro en España; helóse el Báltico casi por completo; el mar del Norte, el Mediterráneo, en las costas de Francia y de Italia, y el Adriático. La mayor parte de las gentes quedaron incomunicadas en las poblaciones, prisioneras de la nieve y el hielo; en París el comercio y los trabajos quedaron interrumpidos; se cerraron los teatros y el Parlamento. Los animales perecieron en número grandísimo, muchas especies de pájaros pequeños y de insectos casi quedaron extinguidas en Inglaterra; víéronse en la zona del norte de Europa, más de veinte especies de aves de las regiones polares, que perecieron también de frío á pesar de haber bajado á zonas mucho más templadas de ordinario que las suyas. El ganado perecia en masa; los vegetales de todas clases quedaban helados, con lo cual vinieron la miseria y el hambre más espantosas. Los hielos al formarse, desgajaban los árboles y las más grandes rocas, por la gran expansión que experimenta el agua al congelarse. El



ALDEANA DE SUABIA

hambre y la miseria produjeron en todas partes escenas horribles; miles de pobres morian en las calles, en los caminos ó en sus chozas, medio comidos por los perros, y aún mordiéndose unos á otros. La temperatura bajó en París hasta 23°, 1 bajo cero; en Londres á 17°, 3 bajo cero; en Berlin, la mínima fué de -16°, 6. Carlos XII, despues de la famosa batalla de Pultava, dada en aquel año, perdió la mayor parte de su ejército á consecuencia de los frios en los bosques de la Ucrania.

En los inviernos de 1726, 1754, 1762, 1765 y 1766, el Báltico se heló en tan gran extensión que se pudo ir en trinco desde Copenhague hasta Suecia. En los de 1755, 1757 y 1762 abundantísimas nieves cayeron sobre toda Europa; en el invierno de 1767 á 1768 se heló el agua de los pozos.

Los inviernos más crudos, sin embargo, despues del de 1709, fueron los de 1740 y 1776. En ambos los efectos fueron muy semejantes. Las golondrinas llegadas en el mes de abril á Europa perecieron casi todas de hambre y de frío. La mortalidad fué excesiva, habiendo poblaciones que perdieron la mitad de sus habitantes. Los conductores de los correos se encontraron helados en sus carruajes; los mendigos perecian en los caminos á centenares; la mayor parte de las plantas de las zonas templadas

y cálidas perecieron. Las observaciones de Celsius, el inventor del termómetro centígrado, prueban que en Dinamarca y Suecia el frío fué en extremo riguroso en el invierno del 1740. La mayor parte de los animales que habitan en los bosques perecieron; los hombres mal abrigados morian de frío en cuanto se exponian á la acción del aire; toda el agua de los lagos de poca profundidad se heló, formando el hielo una sola pieza; á fines de febrero la capa de hielo del lago Ekoln tenía un espesor de 28 pulgadas en la parte media del lago y de 34 junto á las orillas; el Báltico, entre las costas de Suecia y de Finlandia, se heló completamente y los viajeros pasaban directamente sobre el hielo desde Suecia á Rusia. En 1776 los hielos llegaron á adquirir en las costas de Francia é Inglaterra un espesor de 3°, 40. A fines de enero todo el mar comprendido entre la bahía de Caen y el cabo de la Hève se hallaba formando una masa continua de hielo. En París el consumo de leña y de carbon fué tan considerable cual nunca se ha conocido: los relojes se pararon en las habitaciones en que se encendia fuego; las campanas saltaban al tocarlas.

Los inviernos de 1783 á 1784 y de 1788 á 1789 fueron también muy rudos. Del primero de estos dos inviernos se cuenta que la temperatura descendió varios dias á 19° bajo cero en las comarcas más templadas de Francia, Bélgica y Holanda; la circulación se vió interrumpida por las nieves; muchas gentes fueron devoradas por los lobos que hambrientos penetraban hasta en las mismas poblaciones; la miseria fué por todas partes extrema, «no habia ni pan, ni leña, ni dinero.»

En el invierno de 1788 hubo tres meses de helada continua, se helaron los puertos europeos del Mediterráneo; el canal de la Mancha entre Calais y Douvres se heló por completo obstruyendo los puertos y aprisionando los buques.

El año 1794 llegó el termómetro en París á 23°, 5 bajo cero. En este año el ejército francés mandado por Pichegrú conquistó la Holanda marchando sobre rios, lagos y canales helados; la escuadra holandesa, aprisionada por los hielos del Texel, fué atacada por la caballería, dándose el caso curiosísimo de asaltar y rendir los buques húsares á caballo.

Los inviernos más memorables de este siglo han sido los de los años 1812, 1819, 1829, 1837, 1844, 1870 y 1879.

El primero de estos inviernos es célebre por la desastrosa retirada de Rusia hecha por el ejército francés, bajo una nevada continua. A fines de noviembre el termómetro marcaba 25° bajo cero, y el 6 de diciembre descendió hasta 38° bajo cero. La mayor parte del ejército de Napoleon pereció, dejando señalado el camino desde el centro de Rusia hasta las fronteras alemanas por millares de cadáveres. Marchaban los soldados apretados unos contra otros en silencio profundo, sin mirarse ni hablarse, con aire estúpido y sin fuerza para nada. El que caia no volvia á levantarse más; en seguida la nieve cubria su cuerpo y una ligera ondulacion del suelo indicaba por algun tiempo su sepultura.

El invierno del año 29 ha sido sin disputa el más riguroso del siglo XIX. En toda Europa se sintieron sus desastrosos efectos. En España, en Portugal, en Italia, cayeron enormes cantidades de nieve interrumpiendo las comunicaciones por todas partes. En algunos valles españoles la capa de nieve alcanzó más de tres metros; los lobos descendian en rebaños numerosos y penetrando en las granjas y en las poblaciones hicieron numerosos estragos en las personas y en los rebaños. En muchos puntos de Francia la nieve duró dos meses sobre el suelo. Las calles de Berlin estuvieron mucho tiempo cubiertas de medio metro de nieve y las de Génova por más de treinta

centímetros. Los estragos en el ganado fueron extraordinarios; sólo en Andalucía se perdieron más de catorce mil cabezas. Todas las cosechas de invierno se inutilizaron. En Suecia y Dinamarca el frío fué tan intenso que todos los pasos del mar Báltico estuvieron completamente helados; lo mismo sucedió con todos los ríos del Norte y centro de Europa, helándose también el mar Mediterráneo, el Adriático y el mar Negro junto á las costas francesas, italianas, austriacas y rusas respectivamente. La temperatura más baja observada en Francia fue la de 28° bajo cero en Mulhouse.

El invierno de 1837 tuvo más de dos meses de helada, presentando todos los caracteres de los grandes inviernos, helándose los ríos, perdiéndose las cosechas, etc. El

del 1844 fué aún más característico por la enorme cantidad de nieve que cayó en casi toda Europa. La altura de la nieve en Francia fué triple que la de los inviernos ordinarios; en Marsella, con estar tan al Mediodía, cayó medio metro de nieve en 36 horas. En Alemania las vías férreas quedaron sepultadas en la Silesia, en Magdeburgo y otras regiones bajo siete metros de nieve.

Los inviernos de los años 1855 y 1856 se señalaron por sus terribles efectos en los ejércitos que combatían en Crimea, expuestos á temperaturas que llegaron á 27° bajo cero.

El invierno de 1870 fué muy sentido en Francia á causa de la desastrosa guerra con Prusia, siendo muchas las víctimas ocasionadas por el frío entre los combatientes obligados á pasar las noches en campo raso á 18 y 19 grados bajo cero.



APUNTE, por B. Galofre

Después de los inviernos del 1874 y 1878, que han sido bastante fuertes, llegó el de 1879 que debe colocarse también entre los más rigurosos. La temperatura se mantuvo constantemente baja desde noviembre á mayo, dando los promedios más bajos que se han conocido, habiendo llegado el termómetro en París á las mínimas -24°,2 y -25°,6 que nunca se habían observado. Asimismo llegaron á presentarse 31° bajo cero en Autun, y 33° bajo cero en Langres. En España, en Bélgica, en Holanda, en Rusia, en Italia, en Grecia, el frío fué también muy rudo.

Los efectos y desastres de las heladas en dicho invierno, del que la mayor parte de los lectores de estas líneas guardarán memoria, fueron terribles. En una banda de tierras que cruzó la Europa central de NE. á SO. los estragos de la helada fueron extraordinarios; todos los

único de la *Gaceta del lago de Constanza*, con una crónica sobre el frío y la historia de las congelaciones del lago; diéronse además grandes fiestas sobre el hielo y celebráronse brillantes carreras de trineos.

Los ríos y canales de la Europa central se helaron completamente. El Arno se heló en Florencia; el Pó pudo atravesarse en todos sentidos, y lo mismo aconteció con las lagunas de Venecia. En cuanto á las nevadas, fueron tan grandes que en las inmediaciones del mismo Nápoles, los trenes se vieron detenidos por las nieves.

Tal fué el invierno de 1879 á 1880. Con él queda cerrada actualmente la crónica de los grandes inviernos. Cuando ésta se haga en años venideros, también se incluirá este de 1884 á 1885 que no ha ido á la zaga de ninguno de los más rigurosos.

DOCTOR HISPANUS



EN TIEMPO DEL DIRECTORIO, dibujo por A. Zick

ENCICLOPEDIA HISPANO-AMERICANA

DICCIONARIO UNIVERSAL

DE LITERATURA, CIENCIAS Y ARTES

Tenemos la satisfacción de anunciar á nuestros corresponsales y favorecedores la próxima publicación de tan notable libro, que editaremos ilustrado con millares de pequeños grabados intercalados en el texto para mejor comprensión de las materias de que en él se trata; y separadamente con mapas iluminados y cromolitografías que reproducen estilos y modelos de arte.

Próximamente aparecerán los prospectos y primeros cuadernos de esta obra, la más importante de cuantas lleva publicadas esta casa editorial.

IMPORTANTISIMA PUBLICACION EN PRENSA

HISTORIA GENERAL DEL ARTE

BAJO LA DIRECCION DE DON LUIS DOMENECH, CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA SUPERIOR DE ARQUITECTURA DE BARCELONA

Esta útil é importante obra constará de ocho tomos, tamaño gran folio, ilustrados con 800 magníficas láminas al cromo, en negro y colores, sacadas de las obras más selectas que se han publicado en Europa, y estará considerablemente aumentada con todo lo relativo al arte en España.

La obra se dividirá en las partes siguientes: *Arquitectura*, 1 tomo.—*Ornamentación*, 2 tomos.—*Escultura y Glicptica*, 1 tomo.—*Fintura y Grabado*, 1 tomo.—*Cerámica*, 1 tomo.—*Historia del traje, armas y mobiliario*, conteniendo la colección completa de la obra de F. HOTENROTH, 2 tomos.

El precio total de esta publicación será de unas 225 á 250 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMON